

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Con el próximo número, se repartirá la lámina litografiada que tenemos ofrecida á los suscritores que pagaron un año, antes del 31 de octubre último.

UN VIAGE A LA ETERNIDAD.

(Leyenda.)

Madrid es una villa muy bonita, y cada día añade una joya mas á su ornato; está muy limpia cuando no llueve, muy abrigada al sol cuando lo hace; muy fresca de noche cuando corre el viento sutil que pasa por el tamiz de Guadarrama, llegando derecho de la Siberia; sus calles como saben sus habitantes son anchas y cómodas las mas; pero bien empedradas las menos; en fin, el Madrid de ahora va poco á poco parodiando á su cofrade París y sin duda á la vuelta de veinte años, le llamarán los franceses tal como suena el *Parrie* de España. Mas no es del actual Madrid del que me conviene hablar ahora; mi historia reconoce treinta años de antigüedad, que es como quien dice una historia jamoncita. En mis tiempos, estilo de episodio en vejez; en los tiempos de mi historia, quiero decir, no se contaban en Madrid muchos de los monumentos que hoy la embellecen, ni los suntuosos palacios que se fabrican á cada paso, ni habia aceras de banquetas, ni faroles de reverbero, ni la mayor parte de sus amenos paseos, ni tiendas con portadas de bronce y cristalería, ni en fin otras muchísimas cosas todas muy buenas y que si le despojamos de ellas, vendría á quedar reducido á lo que era poco mas ó menos, un corral coronado y con honores de corte. Aun no se habian inventado tampoco los aereos *Brugamhs* ni las esbeltas *carretelas* que surcan las calles de Madrid con mas velocidad de la que nos conviene á los seráficos partícipes de la orden de San Francisco; pero en cambio era numeroso y estaba bien organizado el sistema de calesines, tartanas y coches de colleras.

Existia tambien y existe aun, hácia el cuartel de

Guardias de Corps una casa llamada del *duende*, que permanecía cerrada porque nadie se atrevía á habitarla y de la que se contaban mil patrañas que causaban miedo á los niños, y circunspeccion á los grandes; cuentan que entonces, aparecian de noche y por las ventanas azulados y rojos resplandores que vagaban por la superficie de las paredes; y que estaba por acabar su construccion, como la de la catedral de Colonia, porque su arquitecto era el demonio y todos los esfuerzos humanos no lo hubieran conseguido.

No lejos de esta casa habia una *taberna* como se titulaban antes; despacho de vinos, ahora, restauradores en el porvenir, de que era parroquiano y contribuyente fiel un calesero, que vivia y encerraba su *quebranta huesos* en una casa de una calle inmediata.

Todas las tardes cuando se retiraba cerca del anochecer del punto de estacion, ó á la hora que regresaba de hacer algun viage, faltára primero el sol del horizonte, que faltar él un día solo á tributar homenaje á su dios tutelar.

En cierta ocasion que se retiró mas temprano que de costumbre, y que paró su carruaje á la puerta de la taberna, entró en ella con peor humor que siempre, lo que no estrañó al pronto á nadie porque habia estado diluviando y lo atribuian á que no le habia salido viage alguno, despues de estar todo el día á la intemperie.

Pero la ociosidad y el mal humor hacia que le pareciese amargo el vino, y que en vez de animarse su fisonomía, se fuese cada vez volviendo mas pálida y sombría no obstante que habia bebido mas que en otras muchas ocasiones. Mil pensamientos á cual mas negros y siniestros asaltaban su espíritu, y los concurrentes que le conocian, parroquianos del salutífero mosto, se mostraban con sorpresa su actitud distraída, su mirada incierta y la sangre fria con que chupaba un mal cigarro apagado, que daba vueltas entre sus labios.

—Quién lo habia de creer? dijo la tabernera á un hombre chiquitillo y gordo, mas atento á mirar sus buenos ojos y sus mofletudas megillas, que al ensimismado calesero; quien lo habia de creer? yo que he conocido á ese muchacho, el mas alegre de todos mis parroquianos, y tan gracioso, que hubiera hecho reir á un difunto con los cuentos que sabia! Y sin embargo, en lugar de tener calesa propia, no era mas que un triste criado, sin

mas que una peseta de salario y las propinas que le daban los que alquilaban el carruaje de su amo; cuando ahora no saldrá ningún día, uno con otro por menos de un duro.

—Si, pero no lo habrá ganado hoy, que no se ha movido de la plaza de las Siete chimeneas, replicó el hombre chiquitillo.

—Quieres otro vaso de vino? preguntó al calesero la tabernera que conocía diestramente en beneficio de su despacho, el secreto de aprovechar con oportunidad la influencia que ejercían sus ofrecimientos y sus picarescos ojuelos, en el ánimo de sus adoradores y parroquianos.

Facilmente se comprende que Santiago, que tal era el nombre del calesero, no desdenaría la proposición de la graciosa tabernera, que nunca bebe ni fuma mas el hombre como cuando tiene mal humor; solo que tantas libaciones acabaron por trastornarle y cayendo con el rostro sobre la mesa, concluyó despues de dar algunos bostezos, por dormirse entregando sus potencias y sentidos al sueño profundo que produce el vino.

Entretanto llegaba la noche, noche glacial y funesta. Silbaba el viento con violencia y la nieve á torbellinos inundaba la cabeza del transido caballo de la calesa, que con las patas abiertas y las orejas bajas, sufría con ejemplar resignación los ultrajes de la tempestad.

De pronto los lábios de Santiago profirieron una blasfemia horrible que reasumía las siniestras y malditas ideas que desde por la mañana bullían en su cerebro.

—Preciso es que Dios esté loco ó que le haya dado gana de divertirse conmigo, cuando me abandona de esta suerte dejando pasar un día sin darme ocasión de ganar una peseta. Mi mala estrella no me abandona..... y es indispensable que no sigan así las cosas, porque sino yo continuaré lo que... añadió murmurando frases cortas é inconexas, al mismo tiempo que sacudía un formidable latigazo al caballo, que espantado y sorprendido con una indirecta tan insinuativa como fuera de propósito, puso en batalla las orejas, dió un salto levantando la cabeza y vino al suelo resbalándosele las manos por querer romper á la carrera.

Entonces apeándose Santiago, pues que había montado ya en la calesa, comenzó á dar de palos al pobre animal con la vara de su tralla, á tal extremo, que tardó poco en tornarse colorada de blanca que era y mientras que así desahogaba su cólera y mal humor en el generoso bruto, acompañando cada golpe con una letanía de juramentos, le contemplaba mirándole de hito en hito un hombrecillo grueso, moreno, pequeñuelo y mal encarado que parecia muy fatigado bajo del peso de una maleta de cuero que tenía cargada al hombro. Quedóse parado y sonriendo desdeñosamente delante de Santiago, y este no queriendo desperdiciar la ocasión que se le ofrecía de provocar camorra, con un ente menos sufrido que su caballo, le dijo con acento ronco que apagaba su bilis exacerbada.

—Qué tienes que mirar aquí? lárgate pronto; ó esperas que levante mi caballo para hacer algún viage?

—No me dá gana de marcharme ahora, aquí estoy bien, dijo el hombrecillo despues de mirarlo algunos instantes con fijeza.

Te digo que te largues, no hagas burla de nadie, porque sino por el alma de mi padre.... vive Dios! añadió profiriendo un voto, que nos veremos las caras; Y echó á andar enarbolando su tralla hacia el desconocido, que no dió muestra alguna de temor ni retrocedió un paso.

Sigue tu camino.... dijo, y se detuvo sin atreverse á hablar otra palabra porque habia llegado junto al hombrecillo que cambiaba con él miradas amenazadoras; solo que los ojos de este se movían con tanta rapidez y con tan extraño brillo, que anonadaron la audacia de Santiago, que sintiendo se apoderaba de su corazón el miedo, añadió en tono de queja y con acento casi conciliador:—No debias provocarme; mucho mas ahora que.... hay momentos en que un hombre pierde la paciencia, y cuando no se gana un solo real en todo un día, no es extraño resentirse de mal humor.

—Con que no has ganado nada en todo el día! replicó el hombrecillo; para eso ganarás por la noche porque voy á subir en tu calesa; pon dentro esta maleta y monta conmigo, anda ligero.

Un temor vago se apoderó de Santiago, y sin saber por qué tenía miedo y respondió:

—Ya es muy tarde, y mas cuenta me ha de tener, en tan mala noche y con temporal tan crudo, encerrar mi calesa y meterme en la cama.

—Andando! replicó el otro, montando en la calesa.

—No puede ser ahora; déjelo vd. para mañana cuando amanezca, dijo ya con tono mas humilde y considerado; está mi caballo muerto de fatiga.

—Andando!

—Si, pero son mas de las nueve, replicó Santiago como último argumento, y ya sabe vd. que á estas horas es mas subido el coste del alquiler de los carruages.

—Sea lo que quiera, andando!

Santiago no tuvo ya otro recurso mas que acomodarse como mejor pudo los arneses de su caballo, montar en la calesa, y tomar las riendas, aunque de mala gana.—Dónde vamos! preguntó.

Sonriendo el desconocido replicó:

—A donde vamos, y á tí que te importa? Sigue adelante, alquilo tu calesa por toda la noche, cuando sea menester yo indicaré el camino que has de seguir.

Santiago sacudió un latigazo á su yegua, á su *Pulida*, dócil y mansa siempre menos ahora, que se negaba á andar: el calesero observó en el pobre bruto una agitación extraordinaria, que rodaban gruesas gotas de sudor por todos sus miembros, que pifaba, lanzaba relinchos prolongados, que ahuecaba sus narices, y en fin que daba señales

evidentes y demostraciones enérgicas, de un espanto que jamás había manifestado.

—Só... só... pára chiquita! exclamó Santiago lleno de sobresalto.

—Marchemos! replicó el hombrecillo arrancando con fiero ademán el látigo de manos del calesero y sacudiendo con él las orejas de la yegua, que se lanzó á la carrera con una rapidez sobrenatural.

Santiago no sabía donde estaba, ni que era lo que por él pasaba; latía su corazón precipitadamente, se le oprimía con dolor el pecho, una mano de hierro candente parecía que apretaba sus sienes y tenía el rostro inundado de sudor: diversas veces refrenó á la yegua con objeto de que templase su carrera, porque temía á cada momento verla caer reventada de fatiga, pero por mas que tiraba de las riendas, el bruto corría siempre con la misma ligereza. No era esto solo lo que le causaba terror, sino que le pareció que dentro de la maleta que el viajero había colocado en el fondo de la caja y á sus pies, bullía una cosa como si fuera una criatura que estuviese encerrada é intentase salir. Poco despues creyó que del mismo sitio, lanzaban sordos lamentos que repetían:

—Para la eternidad! para la eternidad!

Sus cabellos se erizaron y se heló la sangre en sus venas, y mientras, el desconocido blandamente recostado en uno de los rincones del carruaje y con los brazos cruzados, talareaba sordamente una cancion popular, y los lamentos que salían de la maleta eran cada vez mas perceptibles y repetían con dolorido acento;

—Para la eternidad! para la eternidad!

—Que quiere decir todo esto? exclamó por fin Santiago muerto de miedo, interpelando al hombrecillo que por su parte no hizo el mas leve movimiento, ni volvió la cabeza, ni contestó mas que:

—Sigamos!

—No, yo no voy mas lejos: dos horas hace que salimos de la poblacion y no sé por donde, como tampoco sé los sitios que atravesamos, y luego las voces que salen de esa maleta, me prueban que yo voy á ser el cómplice y el juguete de algun funesto misterio. Yo no iré mas lejos.

—Sigamos!

—No! exclamó Santiago á quien el miedo había restituido todo el imperio de sus potencias, no; y tiró de los ramales del caballo con tal violencia que se rompieron, sin lograr tampoco que parase su continuado galope. Entonces quiso tirarse al suelo; pero el desconocido volvió la cabeza y fijó en él una mirada que lo hizo detenerse.

—Sabes tú lo que haría yo con un calesero que quisiera abandonarme en mitad del camino?... lo cogería y encerraría en la maleta que llevamos á nuestros pies; dijo el viajero á Santiago dando á la vez á sus palabras el tono de una chanza y una

amenaza. Al mismo tiempo sacudió un puntapié á la maleta de la que lanzaron de nuevo sollozos, gemidos y lamentos, entre los que se distinguía aun:

—Para la eternidad! para la eternidad!

—Aquí se perpetra algun crimen horrible! yo no quiero ser cómplice en un crimen! exclamó desesperado el calesero. Detened la calesa; quiero dejaros; no quiero ser vuestro cómplice.

—Eh! miren que escrupulillos tan ridículos te asaltan ahora. No tenias muchos, el día en que una pobre muger anciana, verás si tengo memoria fiel, alquiló tu calesa y con un talego de pesos duros que puso encima de sus rodillas, te mandó que la llevases á un pueblo que distaba cuatro leguas: no te asaltaron ningunos entonces para ahogarla sin piedad con un pañuelo, cerrando tus oídos cuando entre apagados sollozos impetraba su vida, en nombre de tu madre á quien había conocido. Aquella escena duró dos horas, dos larguissimas horas, durante las que la víctima luchaba en vano con las súplicas y con la fuerza, contra su asesino!

—Eso no es verdad! no es verdad!

—Despues, continuó tranquilamente el viajero, como sino le hubieran interrumpido; bajáste de la calesa asegurándote de que no te miraba nadie, haces un hoyo al pié de un árbol, entierras el talego de duros, haces una cruz en el tronco para poderlo reconocer despues con mas facilidad, y montas otra vez en el carruaje y vuelves á Madrid diciendo que ha sucumbido de una apoplejia fulminante. Con que si te parece, esto es muy ingenioso y agradable, amigo mio, y tus escrúpulos de ahora, puedes concebir si me darán otra cosa que risa.

—Bien, cálle vd! cálle vd! Iré donde vd. melleve.

—Enhorabuena, mas valé que vengas de grado, que por fuerza, y porque sino, te referiría otra de tus aventuras no menos ingeniosa que la anterior; te contaría de que medios te valiste para hacerte el propietario de la calesa; porque echarías la cuenta de que no bastaba poseer dos mil duros, sino que era preciso poder disfrutarlos; esto no hubiera sido muy fácil á otro hombre que no tuviera tan feliz imaginacion como la tuya, pero tenias una tia anciana, con opinion de rica, apesar de que vivía de su trabajo, y sin duda que tenias declarada guerra á las viejas; porque un día que bajaba la escalera de su casa, la hiciste tropezar y que rodara por ella; nadie abrigó la menor sospecha de la pieza que la jugabas; lloraste su desgracia como un niño. En seguida deslizáste bajo de su lecho el consabido taleguillo, situado en un rincon oscuro provisionalmente, y finjiste mucha admiracion cuando al lado de aquel se halló un testamento de tu tia en el que te nombraba su heredero universal; testamento que confeccionáste por la mañana tú mismo. Con que dime si despues de estas travesuras, es lícito que te me vengas con escrupulillos pueriles, escrúpulos de mongita nueva.

El desconocido reía estrañamente, Santiago estaba casi espirando de terror y continuaban los lamentos misteriosos, repitiendo:

—Para la eternidad! para la eternidad!

—Con una parte de la herencia quisiste comprar á tu amo esta calesa y la yegua que tan rápidamente nos conduce á nuestro destino: y aunque pasásteis mucho tiempo sin conveniros en el ajuste, se concluyó definitivamente, en unos doscientos cincuenta duros; y luego las licencias y demas en cosa de cuarenta. Tu buen amo te hizo un recibo y se puso á contar el dinero; aquel dinero, que bien te acordarás producía sonidos celestiales; aquel dinero cuyos pilares deslumbraban la vista con su brillo. Tu mirabas aquellos pesos duros como deplorando la desercion que hacian de tu bolsa, y sin duda que entonces concebiste el proyecto que una hora despues habia de hacerlos regresar á sus banderas, sin perjuicio del recibo que guardabas en tu poder. Sin duda que tu pobre amo, estaba loco cuando montó contigo en la calesa para ir á celebrar el alboroque fuera de Madrid, y bien se puede afirmar que nadie mejor que tú sabe á cada uno donde le duele. Te acuerdas del soberano cachiporrazo que le sacudiste en la cabeza y del que le quitaste de una vez para siempre, la gana de comer mas pan? Oh! tú eres hombre que lo entiendes; y en aquella ocasion no te faltó prevision alguna; porque que cosa mas natural, que lanzar tu caballo al galope, hacer que volcase la calesa de modo que no sufriera deterioro, y decir despues, qué desgracia! ha muerto del golpe! dió de cabeza contra una piedra. Que picarillo! y aun escrupulizas venir conmigo!

—No, no; calle vd. calle vd!

—Y luego tu muger! aquella jóven, delicada criatura que te colmaba de cuidados y caricias tiernas, contribuyendo á hacerte mas ligera y casi dulce tu misma pobreza! Con ella no gastaste tanto cumplido y consideracion, como con tus primeras victimas. Cuatro dias me parece que hace no mas, de la noche en que estando durmiendo la echaste un colchon encima, consiguiendo en menos de un cuarto de hora, convertirte en viudo merecedor; y así de esta manera en pasando algunos meses, por el buen parecer, podrias casarte con la viuda de tu antiguo amo, del que te vendió la calesa; no ignoras que siempre ella te tuvo alguna aficion, y por otra parte, es dueña aun de otros cuatro carruages y á más tiene dinero, conque pronto, siguiendo este camino, te hubiéramos visto hecho todo un señor; ganando dinero sin mucho trabajo y haciendo conducir los coches por tus criados.

Sabes, añadió con marcada ironía el desconocido, sabes que vas á ser muy feliz entonces y que ya podrás vivir como hombre honrado, y con cierta consideracion en la sociedad, á menos que sea tu ánimo ahora, el de enviudar segunda vez, para entregarte libremente á los placeres de la vida en la primera edad del hombre....Y me ocurre

otra cosa; yo tendria curiosidad de saber, si tal pensamiento te asaltara, qué medio escogerias para desprenderte nuevamente del yugo matrimonial; porque el puñal deja una herida, el veneno se descubre por síntomas irrecusables, y tienes demasiada fertilidad de espíritu para emplear dos veces un mismo medio. Dime, como te compondrías para ello?

Nada respondió Santiago, porque una vaga y lisongera esperanza reanimaba su abatido corazón. Estoy mano á mano con el demonio, decia para sí; pero allá en el fondo del horizonte se descubren los primeros albores de la aurora, y el poder del ángel de las tinieblas, cesará con la noche.

En efecto la horizontal aparecia débilmente iluminada con una luz rojiza; mas su siniestro brillo, no participaba nada de los suaves y tibios colores de la aurora. Mas bien al pronto se hubiera creido era el reflejo siniestro de un incendio, y á medida que avanzaba la calesa, se distinguian con mas claridad los lugares iluminados, y Santiago percibió la entrada de una caverna que vomitaba llamaradas de fuego á torrentes, y con mugido sordo y sostenido. Seguia el carruage caminando rápido cual una flecha, y un minuto despues se hallaba ya en aquella incendiada boca. Una fantasma lívida salió al encuentro de los viajeros y colocóse á la derecha del carruage: era la anciana que murió ahogada á manos de Santiago. A la izquierda se situó otra fantasma de rostro airado y mirada penetrante: aquella era su primera muger. Un tercero, con sangrienta cabeza, acudió á tener la yegua de la cabezada, y el calesero reconoció fácilmente á su antiguo amo. Otra cuarta figura de desconcertados miembros, apareció sosteniéndose débilmente sobre sus rodillas, y gritaba:

—Sobrino del alma! mi querido sobrino! muy bien venido, sobrino mio!

Mil espectros, mil demonios danzaban, saltaban, y reían desenfrenadamente, hasta que el hombrecillo que habia guardado siempre su seriedad gritó:

—Mas valía que en vez de gritar y retozar, me ayudárais á descargar la maleta, que no es cosa de perder tiempo, cuando he tomado el calesin de noche y me cuesta doble dinero que si lo hubiera alquilado de dia.

Dos de aquellos espíritus se acercaron obedientes al carruage, y sacaron la maleta que estaba á los pies de Santiago: inmediatamente despues de puesta en el suelo, la abrieron y se incorporó saliendo de ella la pálida y trémula figura de un jóven no mal parecido.

—Que he hecho yo para ver mi cuerpo presa vuestra? exclamó. Que crimen he cometido?

—Ninguno, hijo mio; contestó el hombrecillo conductor de la maleta; tú te has portado en el mundo como hombre de bien, solo que en una ocasion, aunque ya rico é independiente, has aceptado y aun solicitado una pingüe herencia, que

no te correspondía, y la que en derecho usurpaste á un colateral indigente; con que... así... tu sentencia es al fuego.

—Al fuego! al fuego por la eternidad! repitieron los demonios rodeándole y empujándole hasta que lo lanzáron dentro de la caverna.

En se sentó en el estribo de la calesa el desconocido viagero, como para dartiempo á que se fuesen estirando los que salían de la maleta, que tímidos, recelosos y espantados no se atrevían á llegar ante el terrible juez, que sin apelación y sin jurados, sentenciaba.

—Haber, acercáos, y no me impacientéis con la tardanza, exclamó arrugando el ceño.

Ninguno quería seguir al avaro heredero que estaba ya penando en cumplimiento de su condena, hasta que despues de algunos momentos de vacilación, rompió por medio de todos los fantasmas uno de rostro audaz y continente resuelto.

—Tu quién eres? que has sido en el mundo?

—Contratista.

—Ah! sí, ya te conozco; tu eres aquel que suministraba pan de centeno y cebada, en vez de harina, á los valientes soldados que combatían por la independencia de su patria, contra el tirano y grande capitán del siglo, mientras que te regalabas tú y tus camaradas en escandalosas orgías, disipando lo que usurpabas al soldado y á la nación.... Al fuego!

—Al fuego yo!

—Sí, al fuego por la eternidad! gritaron los satélites del implacable é impasible juez.

—Haber tu, quién eres! exclamó aquel.

—Yo fui ministro y....

—Basta, basta; le interrumpió; al fuego con el anterior y que sobrelleven y dividan juntos las penas, como dividieron el fruto de sus dilapidaciones.

—Al fuego! gritó el infernal coro, echándole en la caverna con los anteriores.

Fueron acercándose despues, el alma de un juez que había sentenciado á un inocente, sin permitirle siquiera defenderse; la de una jóven cuyo amante había muerto de pesar y sucumbido á la fiereza de sus desdenes, por preferir un partido mas brillante; la de un abogado que había defendido un pleito injusto; la de un profesor que enseñaba una ciencia que ignoraba, la de un amo y padre que había dado mal ejemplo á sus criados y á sus hijos, y la de un negociante y capitalista que había arruinado á cien familias honradas, con su quiebra fraudulenta. Todos sucesivamente fueron juzgados uno á uno, y sentenciados á penar en las llamas.

—Ahora, dijo el hombrecillo, despues de acabar con el contenido de su maleta, me dirás Santiago si te parece que hemos echado el viaje en valde. Solo me resta añadió dirigiéndose á los satélites, satisfacer y recompensar á este honrado calesero, por sus buenos servicios; mas como naturalmente es algo escrupuloso, quiero yo tambien mostrarme escrupuloso con él.

Le ofreci pagar doble que cualquiera, atendiendo á la dignidad del viagero y á que era noche cerrada, y voy á cumplirle mi palabra. Todos los que hasta aquí hemos sentenciado no sufren mas que en alma, hasta el día del juicio final que nos entregarán sus cuerpos, mas Santiago el *Calesero*, sufrirá en alma y cuerpo, pues que lo tengo en mi poder, añadió dándole una palmada en el hombro, con mano que le pareció de fierro.

Que sea su carne incorruptible! y que sin alterarse sufra los tormentos del fuego y las heridas de nuestros látigos de diamante! Que esta calesa primera causa y origen de todos sus crímenes, convierta sus maderas en hierros encendidos! Colóquense á sus lados los espectros de las personas que traidoramente asesinó Santiago!—Bien! así; he aquí los cuatro!

—Ahora pártete, Santiago, estás entre tus víctimas, que no te abandonarán jamás; tu silla de hierro rojo, te consume, te devora... Bien, parte, marcha para la eternidad!

La calesa partió al galope, al través de las llamas del infierno, y en medio del infernal coro de condenados que gritaban:

—Para la eternidad! para la eternidad!

APUNTES SOBRE EL CULTO ACTUAL

DE

JAGGANATHA.

En Porea sobre la costa Malabar, es donde se halla el templo de este ídolo célebre. Rodeado de un gran número de otros edificios dedicados tambien al culto, forma una masa, un conjunto de construcciones situadas en un recinto de seiscientos pies cuadrados, y todo contenido en el espacio que limita una estensa muralla. Sobre una especie de terraza elevada del suelo una veintena de pies y en el centro de este amurallado lugar; es donde está el templo de Jagganatha, rodeado de otra segunda muralla interior. En el espacio comprendido entre las dos murallas, se hallan una cincuentena de templos dedicados á los diversos objetos de la superstición de los indios. La torre mas elevada cuya altura escede algo de ciento ochenta pies, es la residencia de Sri-Jeo, de su hermano y de su hermana. Sus formas y proporciones nada tienen de vistosas, carece de esbeltez y elegancia, y aunque enlucida de blanco, carece tambien hasta de armonía porque toda su superficie se ha descascarillado, siendo tanto peor el efecto que produce, cuanto que los signos y atributos que la adornan están pintados de rojo.

Dentro de la torre está el templo, y en su vestibulo es donde se veneran las imágenes, mientras la fiesta de los Baños. A un lado está el pórtico cu-

bierto para que no molesten los rayos del sol y al otro hay una estancia cuyo techo es de forma piramidal, destinada á recibir las limosnas y las ofrendas que deben distribuirse á los peregrinos. Desde afuera se divisan los grupos de estatuas que adornan las paredes del templo, siendo una prueba mas de la alianza que ha existido siempre entre la idolatría y los vicios que degradan á la humanidad, el cinismo que respiran en sus actitudes aquellas toscas esculturas. Los sacerdotes, sus criados y las desgraciadas mugeres consagradas á los ritos de este culto impuro, habitan este recinto, y su número asciende entre todos á 5000. Con los productos que suministran el tributo impuesto á los

peregrinos y las tierras que dependen del establecimiento, se mantiene el culto y sus dependientes. Los mendigos acuden de todas partes á este lugar donde parece de intento reunirse todo lo que el mundo entero encierra de mas repugnante.

Dos son las fiestas principales, que congregan á los peregrinos y á la multitud. La de los Baños y la del Carro que es la mas solemne. En la primera suponen que despues de diversas abluciones, Sri-Jeo, su hermano y su hermanita, se transforman en un Dios con cabeza de elefante: he aquí ahora como describe esta ceremonia un escritor que ha publicado sus apuntes de viage por la India.



Jagatha, Sabadra, Balarama.

«Habiéndome dicho que los ídolos salían á la puerta del templo á recibir los homenajes de sus adoradores, monté sobre un elefante y me dirigí con otras varias personas á la plaza que enfrenta con la terraza. Trabajo nos costó abrir paso por entre la multitud; pero una vez situados, podíamos ver todo lo que sucedía por lo ventajoso del lugar que escogimos.

«Los ídolos los habían sacado á la terraza;

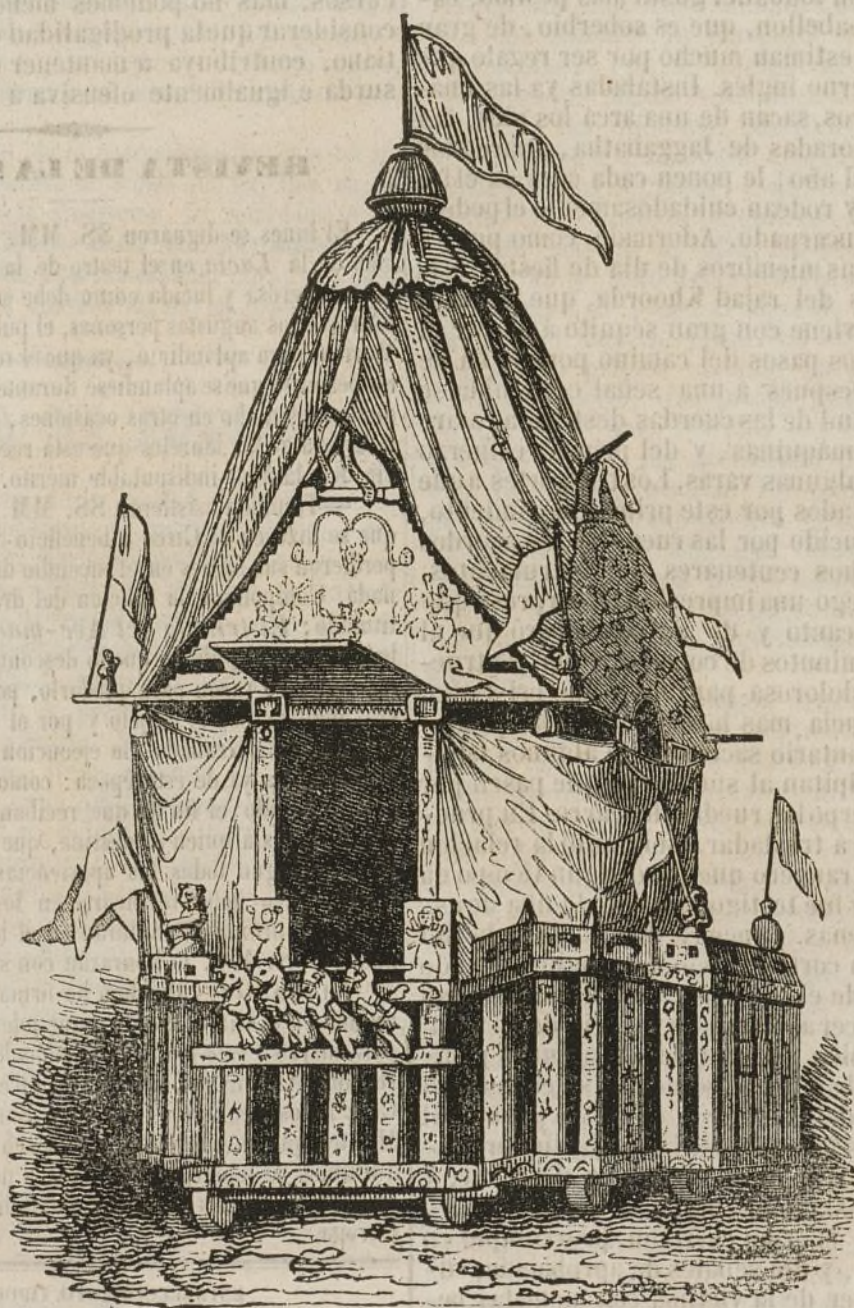
y estaban bajo de una especie de tienda de campaña construida con lienzos de colores estraños y chillones, para preservarlos del rocío de la noche. En medio de la obscuridad que reinaba no distinguíamos tanto como deseábamos la figura de los ídolos; porque los veíamos nada mas que á la azulada é incierta luz que de cuando en cuando brillaba, producida sin duda por la inflamacion de algun mixto preparado al intento, y allí mismo

determinamos escribir y se escribió al punto, un billete muy atento dirigido al gran sacerdote, suplicándole se sirviese ordenar nos dejasen acercar y considerar un instante aquella venerable trinidad. En efecto, al momento nos envió á decir que podíamos llegar; los sacerdotes se separaron y á la luz de dos hachones que encendieron pudimos muy á gusto contemplar aquellas espantosas figuras de madera, veteadas de negro y amarillo. La cabeza era lo solo visible, lo demas estaba cuidadosamente tapado con los pliegues de sus ropages. »

«La gran fiesta del Carro, la celebran todos los años, en una época fija y determinada, en que tras-

portan sns ídolos á un templo situado á tres cuartos de legua de Porea.

Despues de recitar muchas oraciones y de cumplir con su largo y religioso ceremonial, hacen bajar de su trono á los dioses y los conducen á la puerta del Leon, y no ciertamente con el respeto, que es de presumir, sino simplemente arrastrados del cuello con una cuerda que llevan los sacerdotes. De esta manera los arrastran por el suelo sin la menor consideracion, como si fuera para ellos un objeto de risa, mientras que otros sostienen sus cabezas y las empujan. Los ídolos llegan por fin á donde está el carro colocado ya en el extremo superior de un plano inclinado, y los suben á él.



El carro de Jagganatha

Mientras se verifican estas raras ceremonias, agita á la multitud un sentimiento de entusiasmo que apenas se acierta á concebir, desde el momento mismo que distinguen sus divinidades, poblando los aires con espantosos ahullidos y gritos de *victoria por Jagganatha*, y cuando aparece el último este mismo Jagganatha, es acogida su estravagante imágen con redobladas aclamaciones. Estos ídolos no son otra cosa que bustos de madera de seis pies de altura, colocados sobre una especie de pedestal; y en cuanto á su forma no son tampoco mas que una grosera imitacion de la figura humana. Los dos hermanos tienen brazos que parten de sus orejas; la hermanita carece de ellos. Las dimensiones de los carros que es de cuarenta pies les dá un aspecto imponente y verdaderamente grandioso, pero los adornos son todos del gusto mas pésimo, excepto el dosel ó pabellon, que es soberbio, de gran riqueza, y que lo estiman mucho por ser regalo que les hizo el gobierno inglés. Instaladas ya las imágenes en los carros, sacan de una arca los pies, las manos y orejas doradas de Jagganatha, guardadas en ella durante el año; le ponen cada cosa en el lugar conveniente y rodean cuidadosamente el pedestal con un chal encarnado. Adornado como pudiese decirse, con sus miembros de día de fiesta, recibe los homenajes del rajad Khoorda, que armado con una escoba, viene con gran séquito á barrer el espacio de algunos pasos del camino porque ha de rodar el carro. Despues á una señal convenida se apodera la multitud de las cuerdas destinadas á arastrar aquellas máquinas, y del primer esfuerzo las hacen andar algunas varas. Los trasportes á que se entregan excitados por este primer movimiento, el estrepito producido por las ruedas y los acordes músicos de muchos centenares de instrumentos, produce desde luego una impresion de sorpresa que no carece de encanto y de novedad; pero que al cabo de algunos minutos de consideración, se trueca en sensacion dolorosa para un pecho cristiano.

La circunstancia mas horrible de estas procesiones es el voluntario sacrificio de algunos fanáticos que se precipitan al suelo para que pasen por encima de su cuerpo las ruedas del carro. En prueba de ello vamos á trasladar ahora aquí la relacion que hace un extranjero que pasó algun tiempo en aquel pais, y que fué testigo en 1806 de una de estas horribles escenas. «Apenas, dice, habian hecho andar al carro un corto espacio del camino, cuando salió al medio de él, un peregrino, declarando su intencion de ofrecer al dios el sacrificio de su vida. En efecto, no bien hubo proferido algunas palabras que espresaban su resolucion, se echó en el camino delante del carro, con el rostro pegado al suelo y los brazos estendidos; la muchedumbre poseída del mayor respeto se agolpó en derredor, y así que vió aplastado el cuerpo de aquel fanático con el peso del enorme carreton, prorrumpió en gritos de alegría, y dió señales de aprobacion, cubriendo el cadáver de la victima con monedas pequeñas; ultimamente lo dejaron espuesto á las mira-

das de todos, conduciéndolo despues al Golgotha donde ví los restos de aquel desgraciado. Ayer, añade el mismo autor hablando de su estancia en aquel pais, ha consagrado tambien una muger su vida al ídolo; mas como escogiese un sitio en que tenia el camino alguna inclinacion, sobrevivió algunas horas al horrible suplicio que se habia impuesto y por fortuna no son ya tan frecuentes estas escenas, pues que un inglés que ha pasado cuatro años en la India, no ha visto mas que tres ejemplares, lo que prueba que vá disminuyendo el fanatismo.

Las noticias últimas tambien nos conducen á pensar que este culto monstruoso cesará muy pronto de existir, porque difícilmente se sostendría ya si no hubiera contado mas que con sus propios recursos; mas no podemos menos de lamentarnos al considerar que la prodigalidad de un gobierno cristiano, contribuya á mantener una supersticion absurda é igualmente ofensiva á Dios y á la razon.

REVISTA DE LA SEMANA.

El lunes se dignaron SS. MM. asistir á la representacion de la *Lucia* en el teatro de la Cruz; la concurrencia fué numerosa y lucida como debe suponerse, y despues de retirarse las augustas personas, el público hizo salir al tenor Moriani para aplaudirlo, ya que el respeto debido á la Reina no permitió que se aplaudiese durante la representacion. Como hemos dicho en otras ocasiones, Moriani es un excelente artista y los laureles que está recogiendo son una justicia debida á su indisputable mérito.

—Tambien asistieron SS. MM. el jueves á la funcion que se hizo en el Circo á beneficio de los desgraciados que perdieron sus bienes en el incendio de la Alcaiceria de Granada. Componiase la funcion del drama del teatro antiguo titulado: *El triunfo del Ave-maria*, una piececita y un baile final; el público quedó descontento, y nosotros juzgamos que tuvo razon para quedarlo, porque si bien la funcion era análoga por el objeto y por el día, aniversario de la conquista de Granada, la ejecucion fué muy mediana y el drama no es ya de esta época: como la entrada fué buena, se ha llenado el fin de que reciban este nuevo auxilio los desgraciados á quien se destina, que es lo que importa. Mejor será segun todas las apariencias el concierto que con igual motivo debe verificarse en los salones del Liceo el miércoles próximo; cantarán en él las principales notabilidades y SS. MM. lo honrarán con su presencia.

La Sra. Guy Sthephan ha firmado nueva contrata por un año en el Circo. Se dice que ademas de Ronconi vienen para marzo á este teatro la Bertolochi, Tamberlik y tal vez Rubini. Al mismo tiempo se dice que la empresa de la Cruz ha escriturado á los bajos Baresi y Terri y al tenor Mirate, que en compañía de Guaseo deben llegar á Madrid á últimos de febrero. Segun estas noticias van á reunirse en esta corte las primeras notabilidades filarmónicas de Europa.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.